



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 20. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 15 DE MAYO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



ntimamente persuadido de su necesidad sin duda alguna, el gobierno ha presentado al Senado en la semana última, precisamente el lunes, un proyecto de ley relativo á las reuniones y procesiones públicas, sujetándolas en todo caso á la previa licencia de la autoridad. Nada diremos sobre este proyecto, pues, segun

la índole puramente literaria é histórica de EL MUSEO, no nos toca sino citar el hecho, á fin de que las crónicas le registren en sus páginas, los contemporáneos que tengan un depósito de 15,000 duros le critiquen ó le aplaudan, y la posteridad le juzgue.

Como este proyecto es de circunstancias, se ha nombrado inmediatamente la comision encargada de informar al Senado acerca de su utilidad y conveniencia, y es de creer que en todo lo que resta de mes, pueda ya pasar al Congreso revestido de la sancion de aquel cuerpo colegislador.

El mismo lunes por la noche nos aturdian los ciegos los oidos gritando por esas calles un suplemento á un periódico titulado el *Ancora profesional*. ¿Qué quiere decir *Ancora profesional*? Esto importa poco que no lo entendamos: se nos figura que significa que el autor de ese título, es profesor de algo. Pero sea de esto lo que fuere, lo importante es saber qué decía el Suplemento al *Ancora*, que á las once de la noche se proclamaba á grito herido por los vendedores ambulantes. El Suplemento contenia: 1.º un prólogo puesto á una carta del general Espartero, dirigida al director del aquel periódico; 2.º la susodicha carta; 3.º otra epístola del duque de

la Victoria al señor don Práxedes Mateo Sagasta, director de la *Iberia*; 4.º un comunicado del mismo duque; 5.º un epílogo de la redaccion del *Ancora profesional*. Estos documentos no dejaban de ser notables, y fueron leídos con avidez por el público. El prólogo era corto: se reducía á un elogio del general Espartero. La carta al señor Sagasta, no era larga: tenia por objeto estrañar que no se hubiera dado cuenta en el banquete del 3 de la invitacion hecha al duque por el comité progresista, y de la respuesta que recibió el comité progresista del duque, respuesta limitada á manifestar que circunstancias especiales le impedian venir á Madrid. El comunicado se dirigía á contestar á ciertas palabras pronunciadas por el señor don Salustiano de Olózaga, en el famoso banquete de que dimos cuenta en la revista pasada. Por último, el epílogo venía á ser una condenacion mas esplicita de aquellas palabras.

Dijo el señor Olózaga en el banquete, que apreciaba en el mas alto grado los servicios, merecimientos y elevadas prendas del duque de la Victoria; que le creía acreedor á las recompensas de sueldos y honores votadas por las Córtes; pero que pensaba que el ilustre duque no estaba en ánimo de volver al poder para ejercerlo por sí; y que de todos modos no juzgaba conveniente ni á la nacion ni al duque mismo, que volviese á ejercerlo. El general Espartero ha creído ver en esto una alusion poco benévola á su persona, y contesta diciendo que se cree suficientemente recompensado con el aprecio del pais; que no admitirá otro premio; que ha procurado afianzar la libertad y el trono constitucional en España, basados sobre el principio de la soberanía de la nacion; que para esto no ha rechazado el concurso de nadie; y que si no ha conseguido cuanto hubiera deseado, no es culpa suya, antes bien, hoy se va viendo quién tenia la culpa.

Narrados imparcialmente los hechos, solo nos resta añadir que hoy damos el retrato del señor Olózaga; y no tardaremos en dar un magnífico y reciente del general Espartero que tenemos preparado.

Por parte telegráfico se ha sabido que el lunes en la conferencia celebrada en Londres para tratar de la cuestion dano-alemana se acordó un mes de armisticio sobre las bases del levantamiento del bloqueo y de la conservacion de las posiciones que hoy tienen las tropas beligerantes. Hácense grandes esfuerzos en favor de la paz y esta tiene ahora mas probabilidades que en las semanas últimas. La diplomacia podrá bañarse tranqui-

lamente este verano en los diversos establecimientos de Francia, Inglaterra y Alemania sin que el cuidado de los protocolos ni el ruido de los combates venga á distraerla de tan placentera ocupacion.

Garibaldi está otra vez en Caprera y allí cuenta pasar el verano si sucesos extraordinarios no vienen á hacerle mudar de propósito. En cuanto á Polonia, creemos que la última alocucion del papa en su favor producirá algunos resultados dando aliento á las poblaciones de aquel heróico pais. Es necesario que la Europa se convenza de una cosa: la cuestion que hoy se ventila en Polonia no tiene término medio: ó el triunfo de la causa polaca, ó la definitiva desnacionalizacion del pais. Los rusos se apoderan de miles de familias para internarlas en su territorio, y envian rusos á poblar el territorio polaco que queda despoblado, siguiendo el ejemplo de Nabucodonosor y otros príncipes asirios. Ahora bien; si los polacos depusieran las armas, esta desnacionalizacion que ahora se practica en medio de la guerra y con los peligros y dificultades consiguientes, se llevaría á cabo sin trabajo y con mayor facilidad estando pacificado el pais. De aquí la estricta necesidad en que se encuentran los polacos de luchar hasta sucumbir.

Apartados nosotros á tan larga distancia del teatro de los acontecimientos, no podemos auxiliar materialmente á los que combaten por su religion, su libertad y su patria; pero los heridos, las viudas, los huérfanos, las víctimas de esa lucha heróica tienen derecho á nuestros auxilios y creemos que no en vano apelarán á los grandes sentimientos del pueblo español. A este efecto se ha constituido en Madrid, bajo la presidencia del señor duque de Villahermosa una junta de socorros, compuesta de los señores duque de Fernan-Nuñez, marqués de Monistrol, don Pascual Madoz, don Antonio Aparisi y Guijarro, don Estanislao Figueras, don Francisco Navarro Villoslada, don Emilio Castelar y el autor de estas líneas, junta cuyos esfuerzos confiamos que serán coronados del mejor éxito. Felicitamos á todos los que se han asociado y se asocien en lo sucesivo para tan humanitario y elevado pensamiento, y especialmente al señor duque de Villahermosa á cuya iniciativa y eficaces gestiones se debe la formacion de la junta.

Los periódicos hablan de una santa llamada Pepa la Galla, que dicen ha aparecido en un pueblo de la provincia de Orihuela. Esta santa es una jóven, y creemos que no podia menos de serlo. Regla general: no hay

vieja que de repente pueda hacerse santa. Si alguna vieja tiene esta cualidad, es que la ha adquirido en la juventud. Pasada la juventud, las viejas son mas bien diablos que otra cosa: sea esto dicho sin ofender á las que habiendo sido santas en sus verdes y floridos años han conservado este don para la vejez. Pues como íbamos diciendo, Pepa la Galla, con una medalla milagrosa que posee, cuentan que cura enfermedades crónicas, da vista á los que no la tienen, endereza las piernas de los que caminan torcido, pone en su lugar los miembros dislocados, y hace tales prodigios, que su casa es como templo en dias de jubileo y llueven ofrendas sobre ella que es una bendición. Añaden los que dan estas noticias que se ha pensado en construir una iglesia, donde colocar la medalla, con el producto de las ofrendas.

Durillo se nos hace de creer todo esto; pero al fin los periódicos lo cuentan, y tal y como lo cuentan, lo referimos nosotros, fieles é imparciales cronistas, sin omitir mas que una particularidad poco interesante, y es que Pepa la Galla tiene un director espiritual, que es un clérigo de las cercanías. Esto, como se ve importa poco, y por eso lo hemos pasado en silencio: lo importante es que la Pepa posea la medalla maravillosa y que cure. Y curará ciertas enfermedades: ¿quién lo duda? La fe hace prodigios; y cuando un hombre cree firmemente que va á curarse por intervencion del cielo, se sale al fin con la suya, si en su enfermedad tienen alguna influencia la imaginación y el sistema nervioso.

Los teatros van á concluir su temporada y nada han ofrecido de notable. La empresa del Teatro Real se ha opuesto á que haya compañía de Opera en los Campos Elíseos, y el asunto ha pasado al Consejo de Estado. Mr. Bagier, si consiguiera que no hubiese ópera en verano en Madrid, imitaria al perro del hortelano.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

VIAJE AL AFRICA CENTRAL

Y Á LA ISLA DE FERNANDO POO.

(CONTINUACION.)

A las nueve de la noche volvimos á embarcarnos en el vapor con una mar tan tranquila como la luna de un límpido espejo. Ni el mas ligero viento rizaba sus aguas; solo al amanecer sopló una leve brisa al dar vista á Santa Cruz de Tenerife, esa isla que está coronada por su famoso pico cubierto de eternas nieves. Es Tenerife la mas grande, la mas fuerte y la mejor cultivada de todas las Islas Canarias. Al través de las gargantas de las montañas inaccesibles de que está cubierta y rodeada, mi vista, desde la proa del *Marrocaine*, penetraba en los bosques de naranjos, de limoneros, de granados y de colosales árboles de drago, siempre verde, cuyo inmenso tronco meduloso se hiende y raja en muchos sitios para que destile oportunamente un rico licor cual lágrimas de sangre, y que se llama *sangre de Drago*.

Paseaba mis miradas con placer sobre las inmediatas colinas y veías todas plantadas de esos viñedos que dan la deliciosa malvasía. En medio de la isla levantábase el blanco pico, cuya altura perpendicular tiene mas de una legua y cuya subida me habia de costar, como á todos los viajeros que tratan de admirarle de cerca, dos jornadas para llegar á su cima. A las diez de la mañana desembarcamos en Santa Cruz, que ha destronado á su capital, y que con la Laguna y Orotava compone uno de los tres partidos judiciales de la isla de Tenerife. Lo primero que admiró mi vista al desembarcar en Santa Cruz, á poca distancia del muelle, fue el monumento que corona la estatua de Nuestra Señora de la Candelaria, y que parece sostenida por cuatro figuras históricas. Preguntado lo que representaban, me dijeron que aquellas cuatro figuras eran las de los cuatro últimos reyes *guanches* que combatieron con los españoles cuando estos se apoderaron de las Canarias.

Los *guanches*, que fueron los primeros habitantes de aquellas aisladas tierras, eran, al menos así se ha supuesto, una colonia de egipcios. Eran grandes, robustos y tan ágiles, que bajaban de lo alto de las montañas saltando de pico en pico, auxiliándose con unas lanzas de nueve á diez pies de largo, en las que se apoyaban para tomar carrera salvando á saltos los barrancos y distancias mas que regulares de roca en roca. Era su traje de piel de cabra: su alimento una pasta compuesta de cebada machacada y mezclada con agua y miel. Valíanse de piedras en sus combates, las que arrojaban con tanta fuerza como destreza. Habían abierto sus habitaciones en las rocas, y todavía se ve uno de sus pueblos con sus viviendas, así abiertas y talladas en la piedra en la Gran Canaria. Los *guanches* habían conservado al parecer de los egipcios, de quienes se les supone descendientes, el arte de embalsamar los muertos de modo que no se corrompiesen jamás. Colocabánlos en grandes grutas abiertas en la roca, y durante mi permanencia en esta isla, yo mismo he visto algunas de estas cavernas sepulcrales en que permanecían intactos los cuerpos, aunque encerrados allí desde hace muchos siglos.

Estas momias, por el procedimiento particular con que se embalsamaban los cuerpos, son tan ligeras como la paja, y está cosida la piel que las cubre, siendo sus puntadas tan iguales y tan finas, que asombran por su destreza y primor.

Los *guanches* tenían sus reyes á los que permanecieron sumisos hasta que los españoles, despues de descubrir las Islas Canarias, aun no hace cinco siglos, en el año de 1485, hubieron exterminado, por decirlo así, el último de los hijos de este pueblo tan valiente; pero que á la larga no pudo resistir al número, á la disciplina y la superioridad de las armas de sus conquistadores.

La ciudad de Santa Cruz, hoy puerto franco, presenta gran vida y animación por el número de extranjeros procedentes de todas las naciones que allí vienen para su comercio á disfrutar de las franquicias del puerto. Así es que sobre su población constante de dos mil quinientos ochenta y seis vecinos tiene otra población flotante extranjera, la que para su alojamiento encuentra varias y elegantes fondas á precios bastante equitativos.

Al día siguiente 27 empecé por visitar al capitán general, al gobernador civil, á la familia de Cambrelen y á la señora de Gándara, esposa del gobernador de Fernando Poo, que habia marchado con su marido y sus dos amables niñas á aquella isla, cuyo clima es tan fatal, especialmente para las europeas, pues todas las que no habian muerto habian tenido que volverse inmediatamente á Europa. La señora de Gándara, cuyo esposo es hoy capitán general de la Isla de Santo Domingo, en la imposibilidad de permanecer al lado de su marido, á pesar de su abnegación, deseando salvar la vida de sus hijas, abandonó la Isla de Fernando Poo, aunque no pisaba aquella tierra inhospitalaria viviendo siempre á bordo en un buque de guerra, y vino á situarse en Canarias como punto mas sano é inmediato á Fernando Poo.

Despues recorrí toda la ciudad visitando sus dos iglesias, la de Nuestra Señora de la Concepcion y la de Nuestra Señora del Pilar. La primera es un magnífico templo de cinco naves, bien adornado, con ricas alhajas y ornamentos, un buen coro, y servido por un párroco y numeroso clero.

En el altar de Santiago se ven dos estandartes ganados á los ingleses, únicos trofeos que se encuentran en España de las victorias obtenidas sobre ellos, porque así como los franceses en 1808 se apresuraron á arrebatarnos la espada de Francisco I, rendido en Pavia, que era el mas bello adorno de la Armería nacional, así tambien los ingleses, nuestros *generosos* y *desinteresados* auxiliares en aquella gloriosa lucha, se apresuraron á recoger cuantos trofeos conservábamos de nuestras victorias sobre Inglaterra, al par que destruyeron nuestras fábricas. Las dos iglesias, la casa del gobierno civil, que es el antiguo convento de San Francisco, el teatro levantado sobre el convento de Santiago, y el palacio del capitán general, son los edificios mas notables. Una parte de la población, llamada barrio del Cabo, se halla separada de la restante por el barranco de Tahodio, que algunas veces lleva agua, pero un puente de madera le une á la parte principal de la ciudad. A la salida del camino que conduce á la Laguna hay tambien otro puente de sillería de diez á doce varas de elevación.

La marina está coronada por cuatro castillos denominados San Juan, San Cristóbal, San Pedro, con varios reductos como son: San Miguel, la Candelaria, San Antonio, donde aun enseñan al viajero el cañon con que se disparó el casco de metralla que dejó manco al famoso almirante Nelson, cuando la escuadra inglesa sitiaba á Tenerife.

Su puerto es muy seguro y puede contener con facilidad de quince á veinte buques de guerra. En él hay un magnífico muelle de piedras y de sillería de construcción moderna, que se interna mucho en el mar. Las calles de Tenerife son rectas y tiradas á cordel. Están llenas de tiendas; pero no son las tiendas de Madrid, de Barcelona, de Valencia y otros puntos en donde compete el lujo con la armonía y visualidad con que los géneros se presentan y atraen al comprador; son, sí, unos grandes almacenes atestados de mercancías sin orden ni armonía alguna, donde al lado de las ropas y telas para vestidos, se ven escopetas, cochinilla, que es la principal riqueza del país, y al lado de sombreros, salchichones, quesos y dulces.

La ciudad de Tenerife está rodeada de hermosísimas casas de campo, y todas las colinas que la cercan cubiertas de una magnífica vegetación, hallándose coronadas de molinos de viento, cuyas blancas y largas aspas agitan las brisas del mar. El teatro es muy regular y el punto de reunión de las gentes de Canarias, ocupadas durante el día en asuntos mercantiles, numerosos en aquella ciudad desde la franquicia que se concedió al puerto. Allí despliegan su lujo las hermosas isleñas, cuyo traje favorito es el blanco con grandes lazos de color. Su tez es algo morena, y en sus grandes y rasgados ojos brillan los rayos del sol de Africa, no faltando algunas deliciosas blancas y rubias, como las de la familia de mi amigo Cambrelen. No son exageradas en el vestir y su trato muy parecido al de las americanas, usando mucho del impersonal con una gracia encantadora y un acento mitad andaluz y mitad americano, que embelesa á los españoles, á quien dan el título de peninsulares, y son muy apreciados en la isla. En el tea-

tro se hacen como en Madrid visitas de palco á palco, y allí me presentaron á las principales familias isleñas. Los precios de los asientos del teatro son muy reducidos y están abonadas la mayor parte de las localidades.

En día 27, don Juan Cambrelen, comandante del batallón de las milicias de la Laguna, de las que fui teniente, siendo muy joven, vino en un coche para llevarme á visitar esta población, Tacoronte, el puerto y ciudad de Orotava y recorrer la falda del Teyde, es decir, un pequeño viaje de exploración por la isla, en el que deberíamos emplear dos días.

Salimos á las nueve y comenzamos á subir la montaña en su carruaje tirado por cuatro machitos, que aunque de poca apariencia, no corrian sino volaban. Magnífico era el camino sembrado á un lado y otro de lindísimas casas de campo, donde brillaba en toda su lozanía la gigantesca vegetación de los trópicos.

Entre todas aquellas lindas posesiones sobresale por su extensión y magnificencia la que pertenece al señor marqués del Duero, capitán general de ejército, don Manuel Gutierrez de la Concha.

A la mitad del camino, y en un sitio donde está colocada una fuente hicimos alto y nos pusimos á contemplar el admirable panorama que se presentaba á nuestra vista. Vimos á nuestros pies á Santa Cruz, á lo lejos el mar, dos fragatas holandesas entrando en el puerto con todos los trapos desplegados, y sobre nuestra cabeza el Teyde cubierto de neblina y con su pico coronado de eternas nieves.

Llegamos á las once á la Laguna, verdadera capital de las Canarias, aunque destronada de hecho por Tenerife. Se compone de mil cien casas, formando calles casi todas tiradas á cordel, anchas, con buenas aceras, pero mal empedradas. Tiene algunos edificios notables de piedra de sillería y de buena arquitectura. Hay en ella dos parroquias, de las que una sirve de catedral desde que en 1819 se estableció el obispado de Tenerife. Esta iglesia, situada en el centro de la ciudad, es un edificio espacioso y sólido, compuesto de cinco naves, de mal gusto, como construido sin plan y por agregaciones sucesivas. Lo único notable en este templo son las hermosas pinturas de la escuela flamenca que están en la capilla mayor, cuyo altar es de plata con riquísimos adornos y primorosas esculturas en mármol, y un ángel que cual un atlante sostiene la cátedra evangélica sobre sus espaldas. Esta magnífica escultura es toda de una pieza y el ropaje del ángel admirable.

La otra iglesia, consagrada á la Virgen de la Concepcion, únicamente tiene de notable el haber sido uno de los primeros templos que se edificaron inmediatamente despues de la conquista. Tambien visitamos el edificio de la Universidad, que por tantas vicisitudes ha pasado desde que se estableció en 1701, por bula de Clemente XI y por decreto de Felipe V de 1744.

Habiendo recorrido en todos sentidos y direcciones la ciudad, nos volvimos á poner en camino para Tacoronte, pueblo en donde reside un señor Catalina, muy aficionado á antigüedades y que posee un gran gabinete de ellas, sobre todo las únicas momias de los *guanches*, antiguos pobladores de las Islas Canarias. Grande ha sido siempre mi afición á la numismática y á la arqueología. Era todavía muy niño y la vista de una moneda antigua, un trozo de hierro oxidado y consumido por el orin del tiempo, una lanza ó una espada de época desconocida, me llamaban mas la atención que los juguetes y objetos modernos que hacian las delicias de mis compañeros.

¡Con cuánto placer visité la colección de antigüedades del señor Catalina! Y quedé no menos encantado de la delicada atención y fina amabilidad con que me fué mostrando, con la prolidad y orgullo que tiene todo propietario, uno á uno todos los objetos de su abundante, rara y preciosa colección. Allí (aunque no con el orden y método con que hoy los clasifica la ciencia), habia un gran número de pájaros, de aves de la India y del Africa, peces, conchas y armas de varias naciones y tribus del Africa; pero lo que mas escitaba mi atención eran dos momias de los *guanches*, de elevada estatura; y en las fajas con que están tejidas, y en las pieles en que están encerradas, revelaban el antiguo sistema de embalsamamiento de los egipcios, de quienes debieron haberlo tomado aquellos.

Salimos de la casa del anticuario y nos dirigimos á la villa de la Orotava, verdadero paraíso terrenal, cuya campiña, mas amena que los deliciosos campos de Andalucía, está sembrada de altas palmeras, naranjos, plátanos, dragos y otros árboles de la América y del Africa. Visitamos su iglesia, que es bastante buena y digna de aquella población.

Nos retiramos despues á casa de un pariente del señor de Cambrelen, para descansar y prepararnos para nuestra expedición del siguiente día á la cima del famoso Teyde. Era el 28 de noviembre. A las tres de la madrugada, provistos de nuestras capas y gabanes, emprendimos á pie nuestra ascension al célebre pico del Teyde, á doce mil trescientos sesenta pies sobre el nivel del mar, una de las alturas mas grandes del mundo.

(Se continuará.)

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA, VIZCONDE DE SAN JAVIER.

BAYONA DE GALICIA Y SU COLEGIATA.

Allá en aquellos mares en que al decir de los romanos, el sol se sumergía en las ondas, se levantan tres islas que Ptolomeo llamó de los Dioses, y en cuyas peladas crestas, renovaron los antiguos gallegos las heroicas ciudades de Numancia. Semejantes á tres colosos que viviesen inmóviles en medio de las aguas del Océano, han visto pasar los siglos y las generaciones y presenciaron mudanzas, de las cuales los hombres de hoy hablan absortos. Cuando el sol se pone en el lejano horizonte, ¡cuán hermosas son las tintas que bañan las cimas de aquellas pardas masas que parecen naves magníficas que abandonan pesadamente el cercano puerto y las márgenes floridas de aquellos mares! Se destacan poderosas sobre un cielo enrojecido, y las ondas de color de violeta rompen en las descarnadas vertientes salpicándolas con su fría y nevada espuma.

¡Qué hermoso ocaso, y qué vistas mas soberbias! A un lado el cabo de Finisterre que entra en el mar, como un triton que levántase su cabeza y echase por las hinchadas narices torrentes de agua; al otro lado unas riberas risueñas y tranquilas, á donde se dirigen á toda vela las lanchas pescadoras; en frente el mar incomensurable; á la espalda y velados por las sombras que lo adelantan sobre la tierra, el puerto salvador y la hermosa colina, por donde se estiende la ciudad, semejante á la vid que alarga y prende sus ramas por la suave vertiente.

Cuando despues de recorrer el camino, que orillas de una mar tranquila, se dirige á Vigo, y se ve surgir esta de entre las ondas; y cuando se admira aquellos paisajes risueños que siempre se dejan con tristeza; cuando adelanta la embarcación que os lleva á Bayona y aparece ante vuestros ojos esta pequeña villa que semeja los grandes sepulcros que ya no encierran mas que gloriosos recuerdos; cuando en fin atravesais sus calles silenciosas, gran trabajo os costará creer que allí se detuvo el valor indomable de las legiones romanas, y que Julio César tuvo que pelear allí, no ya por la victoria, sino por la vida. Pocos años há que los torrentes de agua que bajaron del monte vecino, removieron aquella tierra sagrada que devolvió al hombre, como un recuerdo de su antigua grandeza, monedas romanas en que el busto de los divos emperadores aparecía claro como si acabase de salir del troquel del artista. ¡Ah, mas duraderas que los inmortales, ostentaban todavía su leyenda, que los descendientes de los legionarios, no comprendían, haciéndonos ver á los que las examinábamos con religiosa curiosidad, que es la humanidad como aquella selva en que las hojas caen cada otoño y se renuevan cada primavera, sin que las que aparecen sepan nada de su misterioso origen. Las mismas aguas trajeron á flor de tierra, como para confundir nuestro vanidoso orgullo, restos humanos que debieron pertenecer á los hombres de la raza ciclopea. ¿Qué pueblo es este, tuvimos que preguntarnos, cuya historia se desconoce casi, y que á cada paso la tierra devuelve, á los que la visitan desdeñosamente, algo que habla de un pasado de grandeza? Semejante al vaso de barro en que se encerraron las olorosas esencias, y conserva todavía el perfume, así aquella tierra y aquella población que vieron levantar las tiendas á las legiones de César, y llegar á su puerto las pesadas triremes, conservan de la dominación romana, los mas grandes recuerdos.

Es que la antigua Erizana, que aun hoy presenta á nuestros ojos algo que habla de su pasado poderío, fue la guardadora de Galicia en aquellas costas; ella vió, al decir de algunos historiadores, cómo el laborioso fenicio arrancaba del pedregoso suelo de las islas el codiciado estaño; ella vió sucumbir á los altísimos defensores de la independencia de la antigua Gallecia; conoció el furor de los normandos, y mas que nada ¡ay! el poder del tiempo asolador, que encuentra á la ciudad opulenta y la deja convertida en ruinas, entre las cuales el pastor apacienta su rebaño y canta la triste canción que resuena dolorosamente en la soledad del valle.

Tendida á la falda de una hermosa colina, el mar rompe sus olas en la orilla solitaria; las pobres lanchas de los pescadores se mecen en las aguas turbulentas, y la ciudadela, hoy defensor inútil, se adelanta sobre el mar como para guardar lo que ya nadie codicia. Tan mudas y desiertas las calles de la villa como las de la fortaleza, si las recorreis de noche creereis visitar una ciudad de tumbas, entre las cuales sopla una brisa embalsamada: los altos álamos, mezclan su sordo y apacible rumor con el rumor de nuestros pasos, y hacen mas triste la soledad, y mas melancólica la meditación. Si quereis subamos la calle en suave declive, y si os agrada sentaros al pie de los antiguos pórticos, adelantémonos que el viejo templo nos ofrece su abrigo bajo el soporal: allí se congregaban en tiempos mas venturosos para la villa, los que trataban de las cosas del procomunal; allí tal vez rompió el tumulto popular en imprecaciones contra el poder feudal, que la Iglesia consagraba y repelia á la vez; desde allí pueden verse la mar inmensa, la costa vecina, que como una masa oscura se destaca sobre el horizonte, y las naves silenciosas que se deslizan calladamente sobre la superficie de las olas.

¡Ay! los tiempos pasan, pero no se asemejan, y este pais hace tiempo que vió pasar el dia de su prosperidad.

Cuando los árabes pasaron sobre nuestros pueblos talando sus campiñas y destruyendo las poblaciones, entonces fue cuando la antigua Erizana, se vió convertida en burgo pobre y miserable. Rodeábanla otras poblaciones tan miserables como ella; eran asoladas por todo invasor que atravesaba aquellos mares, y como en tan risueñas riberas parece que la naturaleza convida al hombre á detener sus fatigados pasos, agrupáronse los que vivían desparramados, diéronse al comercio, y cuando don Alonso de Leon, en 1201, hizo la población en el sitio en que hoy se halla, pudo dar, y dió en efecto, unos fueros á los nuevos pobladores, que prueban claramente cuál era el estado de prosperidad á que habia llegado. Establece una feria el 5 de cada mes, y dispone que las embarcaciones francesas que llegaren á aquel puerto, lo mismo que los paños franceses y demás mercancías que trajeren, paguen el impuesto marcado, ¿qué no dice esto?

De aquellos tiempos, pues, data, sin duda alguna, la fábrica del templo: los buenos mercaderes de Bayona, no quisieron levantar sus viviendas, sin fabricar á su lado la iglesia, semejantes á aquellas madres cariñosas, que no saben cómo pueden crecer libremente sus hijas, sin llevar al cuello el sagrado amuleto. La colegiata es como vemos una prueba de la riqueza comercial de la villa, y á detenernos mas, ya halláramos que entre las figuras simbólicas que el artista esparció aquí y allí, se encuentra al diablo tragándose al avaro convertido en cerdo, pues sin duda alguna el arquitecto creía como San Ambrosio, que el avaro es como el cerdo que solo despues de muerto es útil á los demás y era tan fácil en aquellos tiempos ser avaro siendo comerciante que estamos seguros que mas de uno de los buenos mercaderes de Bayona se sonreiría maliciosamente, al ver la burlona escultura que parecia recordarle eternamente su pecado.

Debió, pues, como decimos, fabricarse la colegiata poco tiempo despues que el rey don Alonso de Leon le concedió los grandes fueros y franquicias de que aun hoy está orgullosa la villa en medio de su pobreza, dándole su construcción de los primeros años del siglo XIII, siendo por lo mismo, de aquellos templos románicos que podemos llamar floridos, si se nos permite este epíteto, y uno de los que de una manera mas evidente parecen anunciar en Galicia el advenimiento del ojal.

En el archivo de esta colegiata debían conservarse preciosos documentos, que es mas que regular hayan desaparecido, como sucedió en Sar, Iria, (Padron) y otras colegiatas, máxime en aquellas que fueron de canónigos seculares de San Agustín, como la de Junquera de Trubia y Sar. Curioso, mas que curioso interesante para la historia de aquel antiguo reino, desconocido por completo bajo todos aspectos para el resto de la península, y aun para la mayoría de los habitantes, sería la reunion y publicación de tan curiosos documentos, pues sin duda alguna sabríamos ahora quién habria sido el arquitecto que dirigió la obra, y si como la mayor parte de las colegiatas de Galicia, fue en su principio de canónigos seculares.

La bula de Inocencio VIII estableciendo la colegiata en Bayona, nada nos dice de esto, llamándola solamente, *parroquial iglesia de Santa María de Bayona de Miñor*, pues si es verdad que habla de los dos abades y catorce racioneros, que con el obispo don Pedro Beltran, suplicaban á S. S. redujese á doce el número de racioneros, es cierto tambien que estos habian sido puestos por don Diego de Muros, fundador de la colegiata que hoy ha vuelto á su primer destino.

Mucho creció Bayona desde que las ferias que allí se celebraban, y que como las de Rivadaira eran célebres en la edad media en Galicia, y los arribos de mercaderías francesas la pusieron en el caso de ser una villa competidora de las ricas y florecientes de Pontevedra, Noya y la Coruña. Las casas solariegas que aun hoy ostentan sobre la pesada puerta el escudo de armas de sus primitivos dueños, y los sepulcros de su cementerio, que se levantan como urnas cinerarias, son una prueba de las riquezas de sus moradores. Además el ser aquel punto guarda y defensa de todas aquellas rias, el haber tenido guarnición y levantádose allí aquella inmensa y robusta fortaleza, obra de la casa de Austria, y que parece destinada á vigilar por la suerte de todos los pueblos que le rodean, nos prueban, que hasta que á principios de este siglo Vigo creció pujante y le robó su preponderancia comercial, Bayona fue una de las villas mas ricas y poderosas de Galicia, esa, hoy pequeña población, en que al decir de los historiadores vió la luz don Pelayo, el restaurador de nuestra monarquía.

Contaba Bayona (en otro tiempo sujeta en lo temporal y espiritual al monasterio de Oya) dos conventos, uno de frailes, que lo eran de la órden de San Francisco y de la provincia de Santiago, y otro de monjas que aun subsiste y llevan el hábito de Santo Domingo. Levántase el primero, ó mejor dicho, véense sus ruinas en medio de la estensa fortaleza, y el segundo está situado á la entrada de la villa, sombreado su pórtico por grandes y esbeltos álamos, que recuerdan las soledades

en que vivían los primeros monjes. Cercano rompe el mar y su monótono ruido, llena de tristeza aquellos lugares, y cuando el sol se pone tras de las elevadas islas, caen sus rayos sobre el sencillo monasterio, que aunque nada de particular presenta á los ojos del arqueólogo, tiene en medio de su pobreza y aislamiento, un encanto indefinible para el poeta, que no puede acercarse á estos lugares sin sentir la tristeza en su corazón, y la melancolía en todos sus pensamientos.

Esto nos recuerda que allí á una punta de la fortaleza se levanta una pesada torre de dos cuerpos, de quien la tradición guarda una misteriosa historia. Allí os dicen, cuando visitais aquellos olvidados baluartes, en aquella torre solitaria, estuvo preso un príncipe real, allí cubierto con una máscara de hierro, jamás supieron los crueles carceleros á qué hombre guardaban, ni aun despues que la muerte devolvió á la tumba á un desgraciado, cuyo único crimen era haber nacido tan alto.

—¿Qué príncipe fue ese? preguntais despues á la persona que os parece mas enterada de la historia de aquella villa.

—¡Quién lo sabe! pero se supone que aquí tuvo encerrado Felipe el Prudente, á algun otro don Juan de Austria, cuya presencia le era incómoda. Dicen otros que no era hermano, sino hijo suyo, pero ¡podemos creer esto los que tenemos hijos!

—Acordaos le respondeis de la muerte del príncipe don Carlos.

—Sí, murmura, teneis razon; pero aquel era un hijo rebelde, ¡quién sabe de cuántas desgracias libró á España la muerte de un príncipe, que por reinar contrariaba la política de su padre en Flandes!

Y volveis á examinar aquella misteriosa torre, y cuando oís de nuevo al guía, que allí estuvo encerrado un hombre cubierto el rostro, con una máscara de hierro, no podeis menos de aterraros de la inmensa soledad, en que vivió aquel ser desgraciado á quien la tradición presenta víctima de una cruel venganza. Es esta torre de las que mas se adelantan sobre el mar. Inmensos peñascos le sirven de asiento, y contra ellos baten eternamente las olas; en frente el Océano despliega todos sus encantos, pero tambien toda su tristeza; las islas como mudas compañeras, se levantan inmóviles, y solo las gaviotas pasan lanzando un áspero chillido, y rompiendo la monotonía del cuadro. Allá lejos como una cinta azulada, se ve la lengua de tierra que forma el cabo de Finisterre, y que recordaba al desgraciado príncipe la morada de los hombres; alguna barca pescadora, algunos buques que se acercaban al puerto á toda vela, pasaban bajo la torre sin oír sus suspiros mientras sobre cubierta, hombres libres y felices en medio de su pobreza cantaban sus alegres canciones, sin acordarse que el viento podia llevar sus ecos á los oídos de un desgraciado. Cuando la tempestad estallase con toda su grandiosa pompa; cuando el viento pasase furioso lanzando su agudo y triste alarido; cuando las olas saltasen impetuosas bajo la reja de su prisión, ¡qué diría el prisionero! mezclaría su grito al grito de la naturaleza conmovida, y pediría á las olas su húmeda sepultura. Y cuando el sol sucediendo á la tempestad serenase las aguas, y las brisas de la ribera trajeran hasta él el perfume de las hojas y de las flores, y la lancha del pescador se meciese en unas ondas apenas alteradas, presentando á sus ojos ese cuadro tranquilo y hermoso que no puede ver y contemplar el desgraciado sin que se alivie algun tanto su pena, ¡qué diría el misero prisionero!

Pero la noche adelanta, y es necesario recogernos á nuestra vivienda. ¡Adios, pues, torre solitaria! ¡adios arruinados baluartes, convento abierto á todos los vientos, ruinas que tan elocuentes lecciones dais al hombre! ¡adios! ¿quién sabe á dónde me conducirán mis pasos? ¿qué seré yo bien pronto, mas que un puñado de polvo olvidado que vuelve al polvo?

MANUEL MURGUÍA.

BANQUETE DEL DIA TRES.

En el presente número damos la vista del banquete del 3 en los Campos Elíseos. El salon se hallaba situado frente al teatro. A la izquierda de la puerta principal se veía la mesa de la presidencia, un poco mas elevada que las demás, y la tribuna para los oradores. Frente de ella, en una especie de palco, estaba la orquesta; y las mesas se estendían entre la orquesta y la mesa presidencial, dejando un ancho espacio entre cada fila para el servicio. Doscientas ocho banderas en cincuenta y dos grupos, representaban las diversas provincias, y repartidas por el salon en otros grupos habia unas cuatrocientas mas: mil y quinientos metros de guirnalda de flores, completaban el adorno del salon, en cuyo centro y sobre un pedestal, estaba el busto del malogrado Calvo Asensio.

La vista de todo el conjunto era bellísima, como podrán observar nuestros lectores por el grabado, y un apacible dia de primavera contribuyó á la animación general.

UNA VISITA AL SERRALLO EN 1860,

POR MME. X...

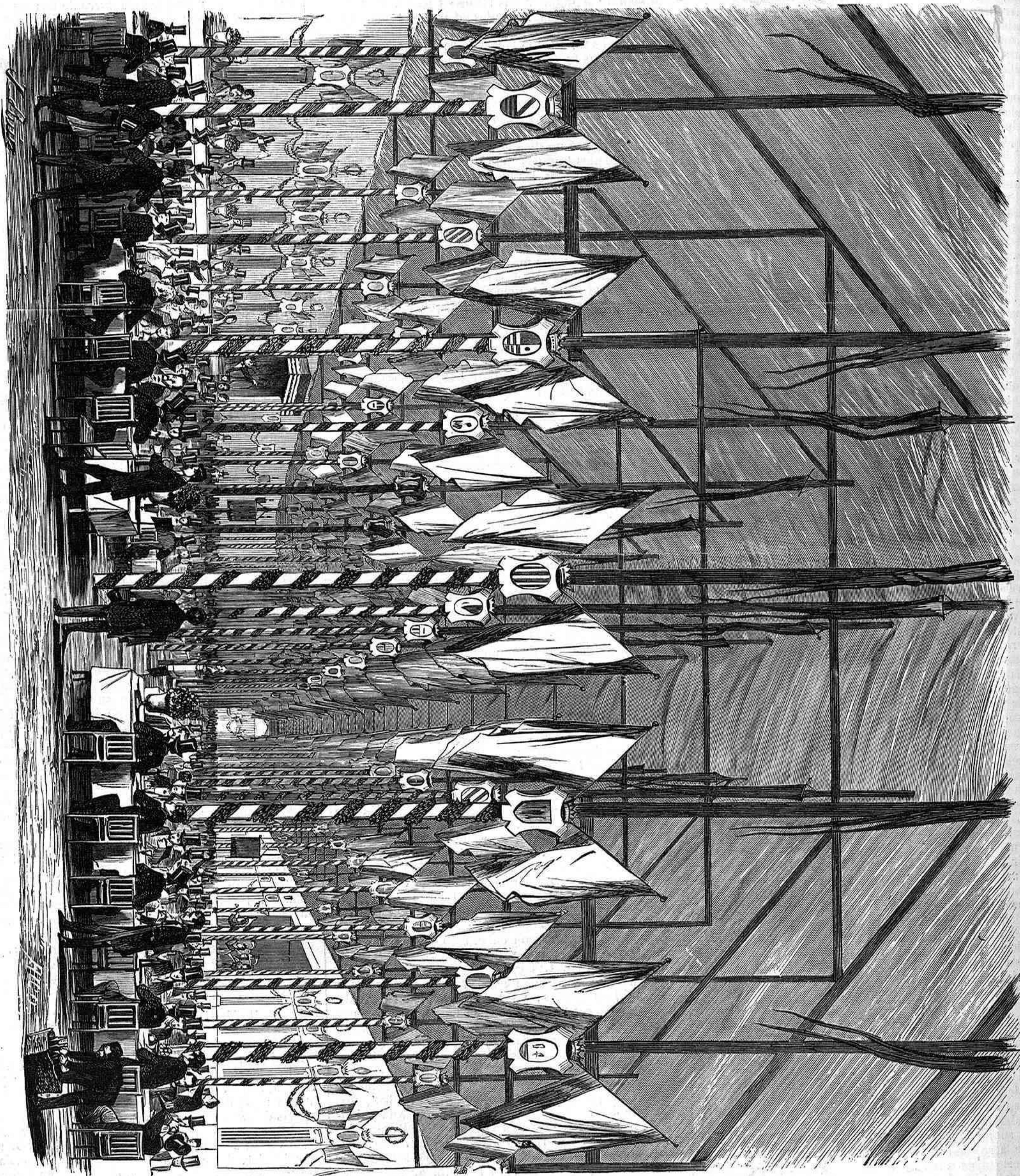
Hacia aquel tiempo el uso del tabaco empezó á propagarse entre los turcos. El sultan, que detestaba esta novedad, prohibió bajo pena de muerte el placer de fumar;

pero sus órdenes no fueron siempre ejecutadas; sus súbditos desafiaban la muerte para conservar sus pipas, y la droga perniciosa penetró hasta en el Serrallo. Una vez Murad IV sorprendió á la valideh con el chibuk entre los labios, y á este espectáculo, su furor fue tan grande, que la princesa se tuvo que hincar á sus pies de rodillas para obtener su perdon. El severo monarca queria que ella obedeciese como la última de

sus esclavas, y no era sino á fuerza de sumision y de respeto como ella obtenia algunas consideraciones.

Murad IV iba á emprender sus grandes guerras contra la Persia cuando el kishar-agá le presentó una esclava circasiana de unos diez y seis años, que se llamaba Roxana; jamás mujer de una belleza tan perfecta habia entrado en el Serrallo. Tenia los cabellos rubios, los ojos azules y las cejas negras como el ébano. Sus fac-

VISTA DEL BANQUETE CELEBRADO POR LOS PROGRESISTAS EN LOS CAMPOS ELISEOS.



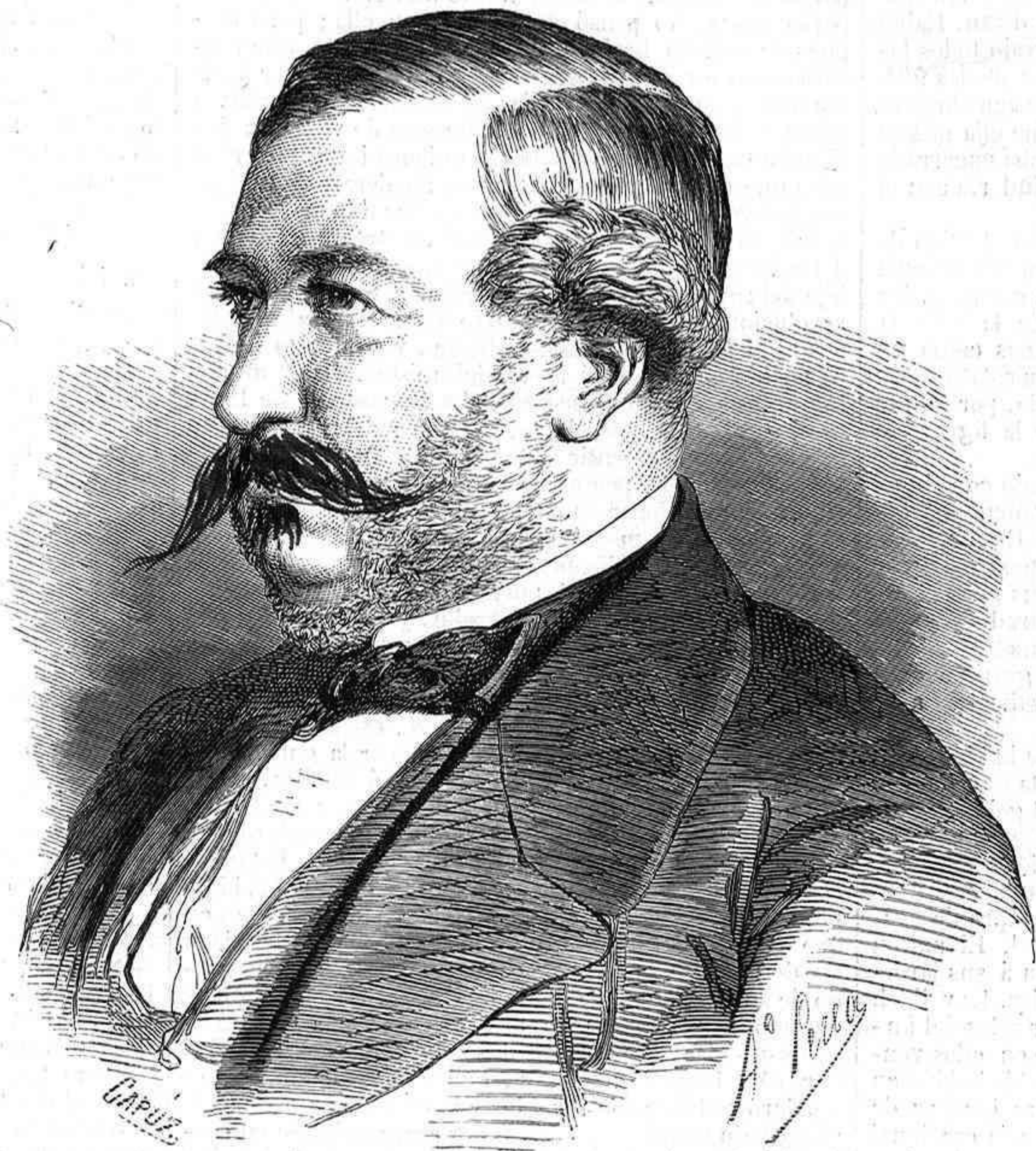
ciones eran de una pureza incomparable, y un cútis de una frescura suave, que recordaba los matices delicados de las rosas silvestres. Esta bella criatura encantó desde luego al sultan, y pronto le subyugó, no por su dulzura, sino por su atrevimiento y su malignidad. El sombrío Murad sufrió el ascendiente de un carácter mas enérgico y mas implacable que el suyo. Cuando fue á hacer la conquista de Bagdad y de Babilonia, Roxana

gobernó en su nombre, y á pesar de no haberle dado mas que hijas, la honró con el título de hasscki. Todos la obedecian en el Serrallo; la familia imperial se arrojaba en su presencia, y la misma valideh Kirsem, tenia que inclinar la frente ante ella.

Los tres hermanos del sultan y su tio Mustafá, el imbécil emperador, dos veces destronado, vivian aun en aquella época. La cruel Roxana hizo estrangular inme-

diatamente á Orcan y Bayizid, y despues al infortunado Mustafá. Quería tambien la muerte de Ibrahim, el mas jóven de los tres príncipes; pero la valideh Kirsem intervino á favor de su hijo, persuadiendo á Roxana de que estaba loco. Hasta entonces Kirsem habia sufrido en silencio los insultos de la favorita; la habia dejado cometer sin oposicion las muertes políticas que acercaban su segundo hijo al trono; pero cuando no quedaba

mas que Ibrahim en los cafes donde habian estado los otros, comenzó á luchar sordamente contra su enemiga. Murad IV volvia triunfante despues de la conquista de Babilonia; é hizo su entrada en Constantinopla con una piel de leopardo en las espaldas, á manera de manto imperial, y rodeado de los príncipes vencidos por él. Kirsem sabia que los persas corrompidos habian tenido sobre él una influencia funesta, y que una bella jóven le habia distraido un momento de su pasion por Roxana. La hábil princesa se quejó por primera vez á su hijo de los ultrajes de la favorita; la acusó de haberse atrevido á levantar la mano contra una hija de sangre otomana, contra Mihirna, sultana, nada menos que hermana del padischá. El hecho era verdadero, y habia muchos testigos. El sultan encolerizado mandó llamar á Roxana y le echó en cara el haber faltado al respeto á la sultana y olvidado la distancia que las separaba. «¿Qué distancia? exclamó audazmente Roxana.—La que hay entre una princesa de sangre imperial y una esclava,» respondió el sultan. A esta palabra Roxana, lejos de humillarse, se permitió amenazas y reconvenciones que pusieron á su amo furioso como un tigre; cogió el sultan la maza de armas que llevaba al lado, y con ella hirió violentamente á Roxana en medio de la cabeza. Palideció la frente de la favorita, se cerraron sus hermosos ojos



DON SALUSTIANO OLÓZAGA.

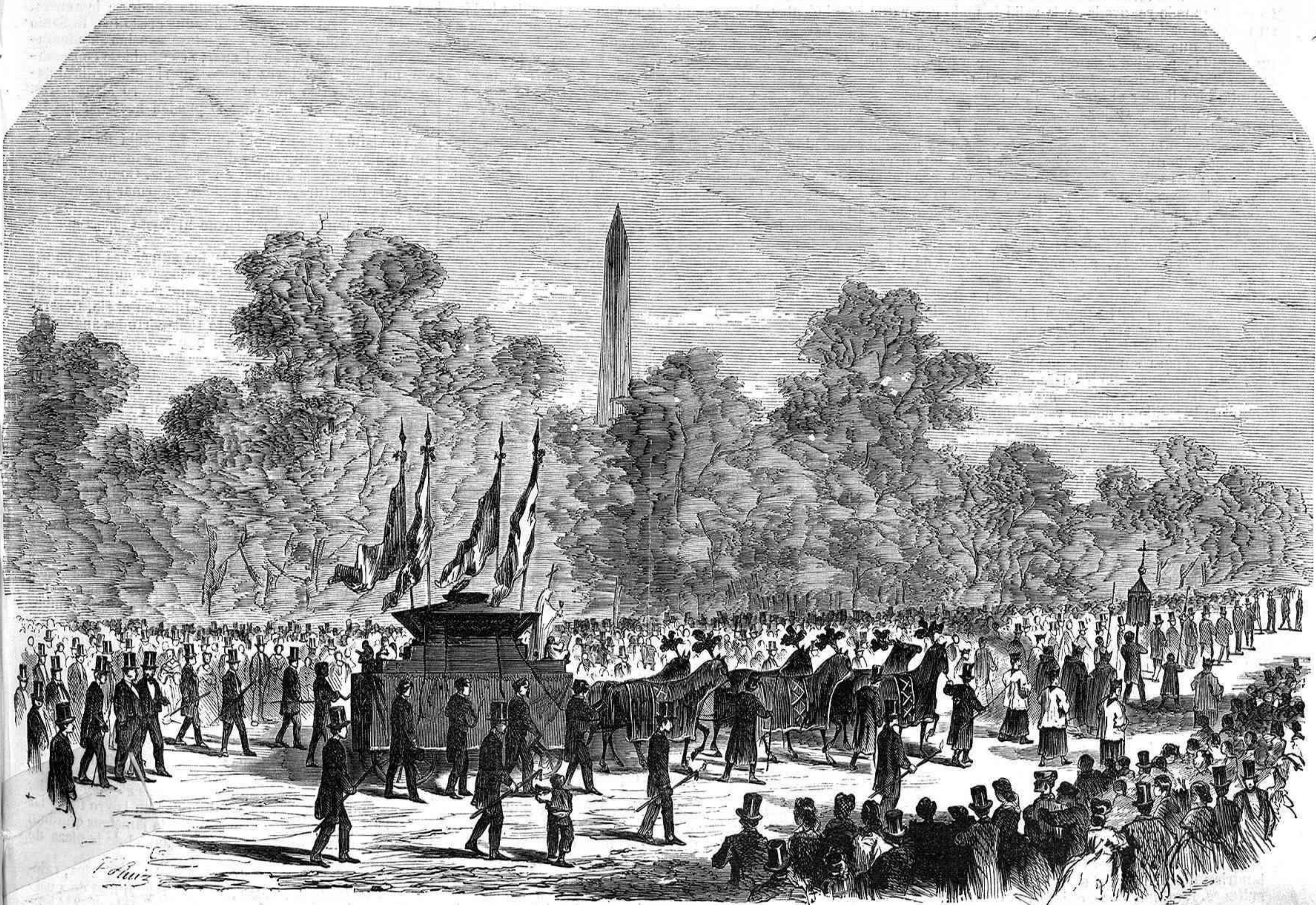
y un color cárdeno se esparció por su gentil semblante. Como habia quedado en pie, se creyó que era la cólera la que alteraba sus facciones; pero vaciló, se puso la mano en la cabeza y cayó muerta. Tenia veinte y tres años.

El sultan Murad imitó luego en sus gustos y excesos á los emperadores romanos. Era (cosa inaudita en un musulman) impío, y se burlaba del Coran; bebia públicamente vino, comia opíparamente y admitia á su mesa á sus favoritas. La excesiva intemperancia á que se abandonaba le costó en fin la vida, y al hallarse ya moribundo, recordó que le quedaba un hermano, único vástago de la casa otomana, y ordenó que inmediatamente le hiciesen morir en su presencia.

«¿No sabes, señor, que no existe ya?» le contestó la valideh Kirsem que le asistia en su agonía.

Nadie se atrevió á desmentir una falsedad tan atrevida; y como el sultan, siempre furioso, amenazaba á sus médicos con hacerlos empalar si no le curaban al instante, ellos mismos le prepararon una pocion que puso pronto término á sus padecimientos.

La valideh convocó inmediatamente á los jefes del ejército, el cheik-ul-islam y sus ulemas, á todos los funcionarios del Seraillo y á los bajaes que se hallaban en Constantinopla. Se presentó en medio de la asamblea cubierta con un velo y ro-



TRASLACION DE LOS RESTOS DE MUÑOZ TORRERO.

deada de un inmenso séquito. Era la primera vez que una sultana presidía las deliberaciones del divan. Habló con tanta discreción y elocuencia que se atrajo todos los votos, é hizo proclamar á Ibrahim á pesar de las últimas voluntades de Murad IV, que habia designado para sucederle al kan de los tártaros. Kirsem fue ella misma á sacar á su hijo del café en que se hallaba encerrado hacia veinte años, y fue la primera en saludarle con el título de emperador.

«Ibrahim, dice un viajero contemporáneo, testigo de los acontecimientos, estaba en la flor de su edad; tenia las facciones bellas, la barba roja y la tez colorada. Su ademán anunciaba poco carácter; llevaba la cabeza y volvía los ojos en todas direcciones como un hombre que no piensa en nada. Aunque su estatura era bastante esbelta, tenia poca gracia á caballo, por lo que gustó poco al pueblo, que queria ver en la figura de sus sultanes una magestad terrible.»

El carácter de Ibrahim estaba de acuerdo con el anterior retrato; el nuevo sultan era escésivamente pacífico, indolente y sensual. Los negocios del Estado no le ocupaban en lo mas mínimo; pero quiso, para obedecer la ley del profeta y seguir el ejemplo de sus predecesores, dedicarse á un trabajo manual. Murad IV hacia sortijas de cuerno para tirar el arco. Achmet II sobresalió en copiar los bellos manuscritos, y el gran Soliman hacia muy buenos zapatos. Ibrahim se dedicó á lacer mondadientes de concha.

La valideh recobró toda la autoridad que habia tenido durante el reinado de su hijo mayor. Esta Catalina de Médicis oriental empuñaba las riendas del gobierno con mano firme, y durante algunos años conservó la tranquilidad pública. El Serrallo tuvo un periodo brillante. El voluptuoso Ibrahim se procuraba incesantemente nuevos placeres. El harem imperial estaba siempre de fiesta, y en él reinaba una sombra de libertad. El sultan consentia que las odaliscas le acompañasen á sus jardines, donde las regalaba con danzas y música. La valideh procuraba hacer comprar en todos los mercados del imperio la flor de las jóvenes mas bellas que en ellos vendían los mercaderes de esclavos. Nunca habia habido en el Serrallo tantas odaliscas. El sultan era incapaz de concebir un amor profundo; su inconstancia era igual al arrebató de su pasión, y sus favoritas no duraban mas que un día. Una esclava rusa le dió un hijo el segundo año de su reinado, y en poco tiempo siguieron á este primogénito otros varios; la línea imperial se hallaba de este modo renovada, y la valideh pudo creer que su poder se hallaba asegurado para lo sucesivo.

Un día que se paseaba el sultan por el Bósforo en un esquife, percibió á la orilla del mar á una mujer, cuya estatura le llamó la atención. Al regresar á su Serrallo hizo llamar al kishlar-agá, y le mandó buscar á la mujer mas alta y mejor formada que hubiese en Constantinopla. Inmediatamente partieron cien bandadjis, y el día siguiente presentaron al kishlar-agá una especie de gigante, de un semblante bastante bello, que parecia tener unos veinte años. Era armenia y de condicion libre. La lavaron, la perfumaron y la vistieron suntuosamente, y la presentaron al gran señor, el cual reconoció en ella, con trasportes de alegría, á la colosal belleza cuya presencia le habia encantado. La armenia, tan codiciosa como astuta, se apoderó del ánimo de Ibrahim, y muy pronto la valideh, consternada, pudo notar de que se hallaba amenazada su autoridad suprema. Kirsem dejó triunfar á la armenia sin manifestar envidia ni cólera, ni dejar traslucir un solo átomo del odio que le inspiraba. Una tarde le envió á uno de sus eunucos para suplicarla que pasase á divertirse con ella. La armenia accedió sin desconfianza á la invitación, y seguida de algunas jóvenes esclavas, pasó al departamento de la valideh, donde varias mujeres del Serrallo reunidas se divertían con una enana deformada, á la cual escitaban á decir bufonadas. Aquella pobre criatura se colocó delante de la armenia con gestos de asombro, y dió vueltas alrededor de su colosal persona, estendiendo sus pequeños brazos como para escalarla, lo que provocó la hilaridad de toda la asamblea.

Kirsem se dirigió hácia la favorita, y cogiéndola de una mano, la condujo á otro cuarto dando mil excusas por las impertinencias de la enana, y luego se fué, diciendo que iba á volver al instante. La armenia quedó parada, y dijo á un eunuco negro que acababa de cerrar la puerta: «¿Qué significa eso?...» Oyóse una especie de gemido, y la desgraciada reconoció la voz de los mudos que querían asesinarla. «¡Oh! ¡sultan mio!... dijo.» El eunuco cerró los ojos para no ver su agonía. Un momento despues habia dejado de existir, y el eunuco, luego que hubo colocado la víctima sobre el divan que rodeaba el aposento, fué á decir á la valideh que habia ya cumplido su encargo. To lo pasó en menos de un cuarto de hora, junto al salon en que un centenar de mujeres charlaban, fumaban el chibuk y bebían el cavah, sin que nadie hubiese oido ruido alguno. La valideh fué á anunciar en persona al padischá que su favorita acababa de morir repentinamente. El sultan, muy afligido en el primer momento, no sospechó de qué manera habia muerto la pobre armenia, y se consoló muy pronto.

Estaba sin duda escrito que los jefes de la religión tendrian hijas, cuya belleza cautivaría el corazón de los sultanes. Ibrahim, como el infortunado Osman, su hermano mayor, se enamoró de la hija del cheik-ul-islam,

por la pintura que verbalmente le hicieron de todas sus perfecciones. No pensó en casarse con ella; pero despues de haberla hecho proponer inútilmente que consintiese en ser su primera odalisca, la hizo robar brutalmente, la tuvo ocho dias en el harem imperial, y luego la devolvió á su padre. Este acto de violencia indignó á todos los musulmanes, á quienes importaba muy poco que el sublime emperador se apoderase de una joven griega ó armenia, como habia sucedido mas de una vez; pero no pudieron sufrir que se atreviese á tratar del mismo modo á una musulmana, á una velada, á la hija del reverenciado jefe de su religion. Se organizó una revolucion formidable, que tuvo por principales afiliados al kishlar-agá, al cheik-ul-islam, y ¿quién lo hubiera podido presumir? á la valideh misma. Hacia mucho tiempo que la vieja princesa estaba descontenta de Ibrahim. Ibrahim la habia humillado con palabras amargas que la hacían presentar el término de su poder, y habia concebido el pensamiento de enviarle de nuevo á su café para colocar en su puesto al chazadeh, niño de siete años, cuya menor edad ofrecía á su ambición una vasta perspectiva. Empezó la revuelta en los populosos barrios próximos al puerto; los genizaros subían tumultuosamente hácia el Serrallo, y los *levantis* (marineros), uniéndose á ellos, cometieron grandes excesos y penetraron en el primer patio del Serrallo. La multitud pedía que se le entregase el gran visir y algunas favoritas subalternas. Los genizaros, escitados por los agentes de Kirsem, empezaban á atacar la entrada del segundo patio. El sultan los satisfizo á medias, nombrando otro gran visir y dejándoles degollar á algunos desgraciados. Pero al día siguiente se presentaron en mayor número y con mayor encarnizamiento. Esta vez el cheik-ul-islam se hallaba con ellos, y proseguía abiertamente su venganza. Acababa de expedir un fetva, en que declaraba al pueblo que un sultan que no seguía la ley de Dios era indigno de gobernar y quedaba despojado de su omnipotencia. Ibrahim dió por respuesta á este decreto una orden para que se cortase la cabeza al cheik-ul-islam. Pero la insurrección triunfó é invadió el Serrallo. El bandadji-buli, que era del complot, se apoderó entonces de Ibrahim y le encerró en un cuarto abovedado con dos esclavos viejos encargados de cuidarle. Mientras tanto la valideh permanecía tranquila; habia hecho cerrar todas las puertas del harem; los eunucos negros se hallaban en sus puestos, y ella aguardaba en aquel inviolable asilo el desenlace de los acontecimientos. Pero cuando supo que los rebeldes habian penetrado en el tercer patio, profiriendo amenazas de muerte, salió de su departamento seguida solamente de dos esclavas fieles. Cubierta con un velo, avanzó en medio de aquellos hombres furiosos y llegó á apaciguarlos y ganarlos. Ellos se retiraron sin cometer ninguna violencia, y al día siguiente Mohamet IV fue proclamado emperador. Se restableció el orden en la ciudad imperial y en el Serrallo, donde hubo dos sultanes validehs, la vieja Kirsem y la joven Tarkhan. Ibrahim estaba bien guardado en su café; pero el cheik-ul-islam, que temia una nueva revolucion y no queria se le escapase su venganza, dió otro fetva declarando que el sultan Ibrahim merecía la muerte por haber ultrajado á las mujeres é hijos de sus súbditos. Fué en seguida él mismo con los mudos al cuarto abovedado en que estaba encerrado el emperador caído, y le hizo estrangular en su presencia.

(Se continuará.)

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO.

¡Bendito sea San Isidro, el glorioso San Isidro, que viene á sacar de apuros á este pobre articulista de EL MUSEO! ¡Bendito sea San Isidro, el glorioso San Isidro, á quien los articulistas de costumbres de Madrid, tienen dedicados casi tantos artículos como Padres nuestros! ¡Oh! si San Isidro tuviese humos aristocráticos; si se pagase algo de títulos, al suyo de patron de Madrid, añadiría el de patron de los articulistas de costumbres y gaceteros.

Yo, lector, por razones que me sé y que adivinan todos los de mi oficio, tenia necesidad de escribir algo para EL MUSEO, y habiéndome propuesto escribir sobre cualquier cosa, menos sobre la romería de San Isidro, esta romería es lo único que he encontrado en el fondo de mi tintero. No habia otra cosa; la romería estaba en la tinta, era una parte integrante de la misma tinta, de tal modo, que si la tinta se hubiese vertido ideliberadamente en el papel, ella sola hubiera bien ó mal escrito algo de la romería de San Isidro. Todos mis sentidos, todas mis potencias, todas mis facultades, mi alma entera, se hallan en la capilla, ó en el camino de la capilla que en 1528 mandó construir la emperatriz doña Isabel, y que en 1724 se reedificó á espensas del noble marqués de Valera.

La gente vá siempre donde voy yo, sin duda porque yo voy siempre donde vá la gente, y se me figura que donde no estoy yo, por precision ha de faltar algo. ¿No te se figura á tí lo mismo, lector benévolo? No queriendo que por mi culpa se aguase la fiesta, como suele decirse, me dirigí el año pasado el día 15 á la ermita de San Isidro, y encontré ya en el camino á todo el pueblo

de Madrid que supongo me estaria aguardando. Algunos me estaban aguardando hacia seis dias, pues si bien el día 15 es en rigor el verdadero de la fiesta de San Isidro, un día solo parece insuficiente á los madrileños para desahogar su entusiasmo, y lo anticipan seis al de la fiesta y lo prolongan despues otros seis. La multitud se me asimiló; yo me dejé absorber por ella, me convertí en arroyo tributario de aquel rio, consentí que me llevase su corriente, de la cual yo mismo formé parte y llegué á la santa ermita confundiendo mi jadeo con el jadeo comun. Todos al llegar resuellan estrepitosamente, y como son muchos los que llegan á la vez, se forma de todos los resuellos uno solo, que debe parecerse bastante al de Briareo sepultado bajo el Etna.

Con no poca dificultad conseguí acercarme al pozo del Santo, al cual no creo que en semejante dia haya llegado nunca, sin abortar en el acto, ninguna mujer embarazada. Hasta los hombres, al acometer tan árdua empresa, se han de resignar á sufrir dolores bastante parecidos á los del parto. Encima del brocal hay escritos los siguientes versos:

«¡Oh ahijada tan divina, que, segun la historia enseña,
»sacastes agua de peña, prodigiosa y cristalina,
»tu labio al raudal inclina, y bebe de su dulzura,
»que San Isidro asegura que, si con fe la beberes,
»y calentura trujeres, volverás sin calentura!»

Estos versos son una décima que, por la disposición del terreno, he tenido que formar en quintilla. No pudiendo maniobrar en hileras, maniobro en línea. Son una décima de alteradas dimensiones, que ha perdido en longitud lo que ha ganado en latitud; una décima que, prensada de arriba abajo, ha tenido que ensancharse por los lados. El fervor que parece haberla dictado no me permite ocuparme de sus defectos gramaticales.

Pero me ocuparé del pozo, porque el pozo es lo principal de todo lo principal; sin pozo no habria ermita, y sin ermita no habria romería. Y sin la romería de San Isidro, Madrid no se concibe, no tiene siquiera razon de ser; Madrid se ha poblado esclusivamente para asistir á la romería de San Isidro. Los padres procuran tener hijos para tener, cuando ellos mueran, quien los represente el día 15 de mayo en la célebre fiesta.

Recuerda, oh lector, la susodicha décima estirada lateralmente, y ella te dirá de qué modo se formó el bendito pozo. San Isidro Labrador, que murió el 15 de mayo de 1130, entendía, algo mas que los modernos, de pozos artesanos, pues le bastó dar un golpe con la ahijada en el cerro en que se halla la ermita donde se le venera, para hacer brotar un raudal de agua cristalina. El Santo se fué derechito al cielo, llevándose consigo su admirable procedimiento, con el cual, si se hubiese conservado, no hubiera tal vez tenido Madrid que pedir al generoso Lozoya lo que le niega el avaro Manzanares. Tendríamos tanta agua como pueden necesitar los taberneros.

Yo visité el pozo y bebí agua. La recibí de manos de un Ganimedes asturiano, digno y muy digno de escanciar la ambrosía á Júpiter en persona. Como al beberla no tenia calentura, no he podido confirmar por mi propia esperiencia sus propiedades febrífugas. Acerca del particular tengo que referirme al farmacópola que escribió la décima.

El espíritu investigador de los aguadores les ha hecho averiguar que el agua del pozo se comunica con la del Manzanares, pues vimos á muchos de los que vendían agua del Santo llenar sus botijos en el rio. Observé tambien que el agua del Santo tiene virtudes análogas á las del vino: eran infinitos los que regresaban á Madrid haciendo eses, dominados de esa alegría gárrula que se atribuye generalmente al zumo espirituoso del exprimido fruto de la cepa. Ninguno se caía porque no tenia dónde; no habia un palmo de terreno en que tenderse; estaba todo ocupado.

Volví á la córte, empujado por la corriente que bajaba, y contenido por la que subía. Hay en el trascurso de todos los dias que dura la fiesta, desde Madrid á la ermita, dos corrientes en sentido opuesto, en que se producen incesantes remolinos, debidos á los numerosos vehículos de todo género que cruzan aquel océano de carne y huesos. La gente rebosaría por los lados si no la contuviesen en su cauce los infinitos puestos ambulantes é improvisadas tiendas de comestibles en que se vende cuanto malo y caro pueda no desearse, y las muchas familias que, agolpadas en la orilla del camino, embuten en el estómago indistintamente rosquillas de Majalaonda y tortillas de escabeche, vino de Valdepeñas y leche de las Navas.

Se oyen tantos ruidos á la vez que no se distingue ninguno. El de los coches, el de los silbatos, el de las campanillas bautizadas con el nombre del Santo, ahogan los chillidos con que algunos que creen divertirse entonan seguidillas al compás de una guitarra. Los pollos que hacen el oso y los osos que hacen el pollo abusan de sus chistes de una manera deplorable. Algunos se ponen á disposición de un caballo de alquiler que les lleva donde le da la gana. El día de San Isidro todas las cocheras están vacías; aparecen hasta jamelgos que han figurado el lunes anterior en el redondel de la plaza de toros.

¿Y qué diré de la antigüedad de los vehículos, calesines, tartanas y calesas, que se rehabilitan de cualquier modo para funcionar en tan plausible dia? Alguno

nos están manchados con el polvo que recogieron en Elide en los juegos olímpicos de la Grecia. Es imposible saber de dónde han salido. Sucede con ellos lo que con las armas mohosas y seculares que sacan de improviso los pueblos en los días de tormenta revolucionaria.

Lector, si has estado en Madrid el día de San Isidro, has estado en la romería, aunque hayas tenido dolor de muelas, pues no es de suponer que hayas querido quedarte en Madrid solo. La gente vá donde vá la gente, sin mas motivo que porque vá la gente. El día de San Isidro no preguntes á nadie á dónde vá ni de dónde viene. El que vá, vá á San Isidro; el que viene, viene de San Isidro. Lo mas singular es que todos ván á San Isidro porque vá la gente, y todos vienen de San Isidro incomodados porque habia tanta gente. ¡Contradicciones de la especie humana!

La fiesta de San Isidro no necesita, como las funciones de toros, permiso del tiempo. Se celebra lo mismo, y es igualmente concurrida, si hace un sol de justicia que si llueven chuzos. Este año se presenta el tiempo poco lluvioso lo que por mucho que disguste á los labradores, no disgustará menos á los zapateros, sombreros y sastres.

ANTONIO RIBOT Y FONSERÉ.

AMOR.

Si aun nadie ha escrito su nombre
en el album de tu alma,
si aun están todas sus hojas
puras, virginales, blancas,
si aun no se agitó tu pecho
de ardiente amor con las ansias,
si á nadie quieres, ¿por qué
mi estremado amor rechazas?
¿Eres un ángel acaso
y por desdicha no alcanzas
á querer con el afecto,
que en la tierra amor se llama?
¿Es que adormecido yace
el amor dentro de tu alma,
como aroma que escondido
el leve capullo guarda?
¿O eres de viviente mármol
fria cuanto hermosa estatua,
y en vano encender quisiera
en tí el fuego que me abrasa?
Si eres ángel, sabré amarte
como los ángeles aman,
sin que enturbie la pureza
de mi amor leve una mancha:
si eres animado mármol
de Paros ó de Carrara,
deja que pruebe si al fuego
en que ardo el mármol se ablanda;
y si eres leve capullo
que suave perfume guardas,
deja que el sol de mi amor
tus pétalos entreabra,
y ya flor, verás tu cáliz
cuán dulce perfume exhala;
que es el aroma en las flores
lo que el amor en el alma.

F.

El 5, como ya hemos dicho en la revista pasada, se verificó la traslación al cementerio de San Nicolás de los restos de Muñoz Torrero. Hoy damos el grabado que representa la procesion á que asistió una inmensa concurrencia.

Don Diego Muñoz Torrero nació en Cabeza de Buey, provincia de Badajoz, en 1761. En 1784 fue nombrado catedrático de filosofía en la universidad de Salamanca. El rector se elegía en aquella época por la universidad, y la universidad salmantina apreció en tanto el mérito del joven catedrático, que lo elevó á aquel cargo en 1788. Posteriormente vino á Madrid y obtuvo una canongía y fue elegido diputado por Estremadura para las Cortes de 1810. En ellas defendió con energía los principios liberales; y nombrado nuevamente diputado en las Cortes de 1822, fue uno de los que compusieron la comision permanente. El gobierno de aquella época le presentó para el obispado de Guadix; pero en 1823 Muñoz Torrero se vió obligado á emigrar á Portugal. Preso en Lisboa, conducido á la torre de San Julian da Barra y encerrado en un calabozo, despues de grandes tormentos y privaciones, murió el 3 de marzo de 1829 sin que un momento se debilitase su constancia y sin que sus enemigos hayan podido atribuirle una falta.

El célebre Oton Struve consejero de estado ruso y director del observatorio imperial de Pulkova ha emitido una idea de que el hallarse el péndulo en el distrito de Moscovia muy apartado de su posicion vertical, proviene, ó de que yacen bajo la tierra masas de una densidad

considerable, ó de que la ciudad se halla en una inmensa profundidad de veinte millones de pies cúbicos de espacio. Para llegar á una profundidad como ésta, es preciso hacer una perforacion de tres mil pies poco mas ó menos.

Es completamente cierto que en Upper Goulburn (Australia), se halla un nuevo terreno aurífero muy rico, el cual es mucho mas vasto que ninguno de los que se conocen hasta el día en la Australia. Diariamente se hacen descubrimientos que no dejan duda ninguna de que una gran parte de la cordillera en el país de Gipp contiene mucho oro, aunque no con tanta abundancia como el terreno que hemos dicho. La manera de buscar el oro y los procedimientos que se emplean con él, son diariamente mas sencillos y menos costosos. Por esta razon el producto anual del oro en la Australia debe elevarse mucho en lo sucesivo.

El ejército ruso se compone en la actualidad de 600 generales, 36,000 oficiales y 1.161,000 subalternos y soldados rasos; á este número hay que agregar aun el del último reclutamiento. En un ejército de operacion en el Oeste pueden emplear 600,000 hombres con 122 baterías de á pie y 25 de á caballo de 8 cañones cada una.

En uno de los días de la última semana ha muerto en Barcelona, su patria, el profesor de grabado de la Escuela de Bellas Artes de aquella ciudad, don Antonio Roca, el mas aventajado grabador en acero de la época presente en España. Desde joven, y cuando el grabado estaba en gran decadencia, presentó pruebas tan excelentes, que todavía hoy no pueden ser mejoradas, ni siquiera igualadas en mérito.

Si Roca, en lugar de vivir en una provincia dedicado al grabado de comercio, que era su ocupacion habitual, hubiera vivido en la corte y tenido la fortuna de hacer obras grandes de encargo, como tenian los célebres grabadores que honraron con su buril la Calcografía de nuestra Imprenta Nacional, habria sido uno de los mas renombrados, porque á sus grandes cualidades de ejecucion, reunia una notable fecundidad.

Sin embargo, hemos leído en un periódico que estaba terminando una gran lámina que representa el Descenso de la Santísima Virgen á Barcelona, que es obra digna de su buril.

Habiendo dejado discípulos que han adquirido su escuela, creemos que podrán concluir esta lámina, si bien ahora no hay quien pueda reemplazar al señor Roca.

Damos en este número el retrato de Mlle. Benita Anguinet, que tanto se ha distinguido en el arte de la prestidigitacion, y que ayer debe haber dado una funcion en Aranjuez, despues de haber obtenido grandes aplausos del público madrileño en el teatro de Variedades.

Mlle. Benita es hija de madre española, y por tanto medio compatriota nuestra, y la deseamos gran cosecha de triunfos do quiera que vaya.

ALONSO DE MOAR.

II.

Pasaron algunos días, y el demonio que todo lo enreda, y las viejas, peores que el demonio, empezaron á darme que pensar con ciertas palabritas sueltas acerca de Catalina. Una vieja, sobre todo, á quien llamaban la meiga ó la bruja, sin que ella se incomodase, me tomó un día por su cuenta, diciéndome:

—Hijo mio, ¿crees que te vas á casar con Catalina? Pues te llevas solemne chasco, porque tienes un rival á quien favorezco, y por lo tanto he de poder mas que tú.

—¡Ya! no dudo que me vengas, pues tiene al diablo á su favor.

—No te burles, no te burles, respondió rabiosa la meiga, porque te aseguro que Juan de Lema se ha de casar con Catalina, ó yo dejo de llamarme Meiga, como me habeis puesto por mal nombre.

Dijo esto la pícara bruja, y en seguida se fué, no sin dejarme pensativo y cabizbajo. Ya habré usted visto que por aquí la gente del campo cree todavía en brujos ó meigos y cosas por el estilo; no era yo en esto mejor que mis paisanos, con lo cual me entristecia sobremanera la prediccion de la meiga.

Por lo demás, Juan de Lema me parecia rival poco temible: en primer lugar, era tan pobre, que no tenia mas remedio para vivir que hacer de criado en las casas de los demás labradores, pues no poseia una sola pulgada de terreno, aquí donde todos tenemos siempre algo, por poco que sea: era pequeñuelo, y aunque fornido y rehecho, jamás se hubiera atrevido conmigo, que era el mozo de mas fuerzas de todos estos alrededores.

Además de esto, Catalina se reia siempre de su pequeña estatura, y hasta de su modo de andar, con lo cual, me fuí poco á poco olvidando de la funesta prediccion. Sucedió que un día, al ir á casa de Catalina, vi á ésta, que se hallaba enciendo los bueyes, ayudada por el referido Juan de Lema: quedéme como la mujer de Lot de quien cuenta la Biblia que se convirtió en estatua de sal, y le aseguro á usted que lo primero que se me vino á la cabeza, fue la profecía de la meiga. Ya uncidos los bueyes, partió Juan á la leira ó campo que iba á labrar, y me quedé á solas con Catalina, mirándola de hito en hito y sin decirle palabra.

Echóse á reir mi novia al verme tan serio, y á mis quejas y razones contestó diciendo: que Juan de Lema habia venido llorando y pidiendo á su padre, por Dios y por la Virgen, le tomasen de criado, pues se estaba muriendo de hambre; cuando vine de la fuente, añadió Catalina, mi padre ya le habia recibido, adelantándole el jornal de una semana, de manera, que por mas que le llamé aparte y le hice saber el pronóstico de la meiga, y lo que las buenas lenguas se entretenían en decir por la parroquia, asi como las muchas veces que Juan me habia hablado de amor; mi padre, dijo sonriéndose Catalina, que, como ya sabes, es algo codicioso, me ha prometido despedirme, pero solo cuando pague con su trabajo el jornal adelantado.

De ese modo, me iba á ver en continuo tormento durante toda una semana, gracias á la avaricia de mi futuro suegro, á quien no pude convencer, por mas razones que le dí, de que lo primero era echar cuanto antes al recién venido. Me volví á mi casa, no poco pesaroso, y si antes iba dos ó tres veces á la de Valdomir, puede decirse, que desde entonces estaba en ella todo el día. Juan era robusto y esperto en la labranza; y contentó de tal modo al padre de Catalina, que estaba yo seguro de que, á no formalizarme, mi rival del pronóstico de la meiga, seguiria en la casa, hasta Dios sabe cuándo.

Llegó el sábado, y mas contento que unas pascuas me fuí derecho á casa de Catalina para presenciar á la tarde la despedida de Juan de Lema: no sé lo que me pasó cuando vi á éste abrirme con el mayor descaro el portillo de madera que cierra la heredad, con ademan propio de amo de casa.

—¿Todavía estás aquí? le pregunté.

—Y por mucho tiempo, me contestó, metiéndose las manos en los bolsillos, y poniéndose á silbar.

Yo, entre tanto, mudo de rabia y sorpresa, le miraba de hito en hito, sin que me hiciese mas caso, ni se acordase mas de mí al parecer, que de las nubes de antaño. Por primera vez me encaré con él atentamente y despacio, notando que su rostro era espresivo y de buenas facciones; pero sus ojos verdes tenian el mirar traidor y solapado. Sin ser ya dueño de mí, le agarré del brazo y le dije si se estaba burlando: contestóme con un fuerte tiron, para lo cual tuvo que usar de grandes fuerzas, y libre ya, me dijo:

—No me toques, porque aunque soy pequeño, tengo otro tanto debajo del suelo.

—¿Y Catalina, y su padre? dije yo temblando de rabia.

—No están en casa.

—¿Que no están en casa? ¿Pues á dónde han ido?

—No lo sé.

Entré y ví, que en efecto, no me engañaba: el alma se me cayó á los pies. Sin saber, ni comprender la causa de la ausencia de Catalina y su padre, no sé qué voz secreta, me anunciaba alguna desgracia; y como á nadie podía atribuírsela, mas que á Juan de Lema, fuíme á él encolerizado, y despues de decirle cuanto se me vino á la boca, le mandé se marchase al momento.

—No puedo, me dijo, Anton de Valdomir me ha dejado encargado de todo, y ni tú, ni nadie me hará faltar á mi obligacion.

De las palabras pasamos á las obras, y aunque mi enemigo mostró ser hombre de muchas fuerzas, al cabo le derribé al suelo con el rostro ensangrentado, y le puse la rodilla en el pecho, diciendo no le dejaba, hasta que me prometiese irse en seguida.

—No, aunque me mates, respondió Juan, rechinando los dientes y vomitando terribles maldiciones por aquella boca.

—Mira, que sino te ahogo entre mis brazos, Juan, mira lo que haces.

—Aunque supiese que me habias de matar cien veces.

—¿Pues qué, te figuras que Catalina se ha de casar contigo?

—Tan seguro estoy de ello, como de verme ahora en el suelo derribado por tí, á quien permita Dios...

No le dejé proseguir; ciego de rabia, rodeé su cuerpo con mis brazos, y levantándole en alto, le apreté tanto que le hice gritar como un condenado; en seguida le boté, quiero decir, le arrojé al suelo con tal fuerza, que sonó como un pellejo de vino de Toro, de los que traen los carros castellanos. Despues de esto, y al verle sin movimiento, me fuí á casa, creyendo le habia muerto.

Pasé la noche en vela, y al amanecer del día siguiente ya estaba á la puerta de Anton de Valdomir, el cual me dijo que la noche anterior, al volver él, y su hija, se habian encontrado á Juan de Lema en el suelo, sin

sentido y lleno de golpes, todo lo cual, tal vez le había acontecido por evitar que los ladrones robaran la casa.

—¿Pero le han robado á usted algo? le dije yo.

—No, nada.

—Pues entonces no diga usted disparates. ¿Está ahí Catalina?

—Ahí la tienes, me dijo el viejo, dejándonos solos.

En efecto, en aquel momento salió Catalina. Pero, ¡cuán mudada estaba! De alma y de cuerpo, señor: ¡mujer al cabo! Catalina había perdido para siempre su sonrosado color, tenía los ojos hundidos y rodeados de ojeras azules, casi negras; en una palabra, parecía difunta, y lo era para mí.

Aquí el guardia bajó la cabeza, y no me atreví á hablarle. En fin, señor, añadió Alonso de Moar, despues de un rato de estarnos mirando, sin decir una palabra, sin respirar apenas, exclamé:

—¿Y Juan de Lema?

—Ahí dentro está echado, me contestó Catalina, despues de detenerse un poco.

—¿Y piensa estarse ahí toda la vida?

Catalina se quedó buen rato sin contestarme y con la cabeza baja, y por último dijo:

—Sí, Alonso.

—¿Qué estás diciendo, mujer? la dije, cogiéndola de un brazo.

Catalina levantó la cabeza: tenía la cara mas pálida que antes, mas hundidos los ojos; si al principio me había parecido difunta, entonces, la tuve por cosa del otro mundo. Me aparté de ella dos ó tres pasos, y la dije lleno á un tiempo de enojo y de lástima.

—A tí te ha pasado algun mal suceso, cuéntamele, Catalina: ¿no me quieres ya? ¿no te fias de mí? ¿qué te ha pasado?

—¡Nada! me contestó con voz que parecía salir de la sepultura.

—¿Estás enferma? Tu padre está medio lelo, y no piensa mas que en sus dineros. Catalina, por el cariño que siempre nos hemos tenido, por el alma de tu madre, ¿no me dirás lo que tienes?

—No tengo nada, Alonso.

—Bien está: ya veo que á la par de la confianza, se ha acabado todo entre nosotros. ¿Y cuándo te casas con el señor don Juan?

—Antes de un mes.

Mi pregunta había sido en tono de zumba; mas no esperaba yo ciertamente tal respuesta; así es, que me quedé sin saber qué decir, y como muerto. Señor, he andado no pocas tierras y he visto á los hombres quejarse, desesperarse, volverse locos, al recibir respuestas por el estilo de la que me acababa de dar Catalina; mas, nosotros los gallegos, no tenemos, por lo general, esos violentos arranques; por eso somos infinitamente mas desgraciados, pues como nuestra pena no sale á lo exterior, jamás nos desahogamos; con lo que el dolor nos consume, y á veces mata. Por eso dicen que somos frios, como si el fuego no durase mucho mas debajo de la ceniza, que al aire libre!

En fin, no quiero cansar á usted mas, con mi cuento: tampoco recuerdo lo que despues pasó, ni nadie me lo ha querido decir. Al día siguiente, me hallé en mi cama pero vestido; mis labios sin cesar repetían: ¡antes de un mes! ¡antes de un mes!

Me asomé á la ventana, y había densísima niebla de esa que llamamos *brétema*: tan espesa era, que al cabo caía al suelo en menudas gotas, como cernida. Amargas lágrimas, las últimas que he vertido en mi vida, se mezclaban en mi cara con la fresca humedad de la niebla, cuyas gotitas, al caer de hoja en hoja, en la parra, que debajo de mi ventana se estendía sobre la puerta, hubiese yo jurado que me decían, ¡antes de un mes! ¡antes de un mes!

Salí de casa, y como desde el huerto se veía la de Catalina, se me figuró que los árboles que por encima del tejado levantaban las ramas, movidas de cuando en cuando por el escaso viento que á la sazón soplaban, repetían como si sus hojas fueran lenguas: ¡antes de un mes! ¡antes de un mes!

Salí al camino, y hallé al alcalde, que venía con un pliego en la mano, el cual me dijo:

—Alonso, á fines de este tienes que presentarte en Barcelona: aquí tienes el oficio que nos pasan á todos los alcaldes, para que tengamos cuenta con los que están con licencia.

—Bien está, respondí, siguiendo adelante y diciendo entre dientes: ¡antes de un mes! ¡antes de un mes!

Iba andando sin saber lo que hacía; pero al llegar á una *corredoira* ó vereda que daba al camino, oí la voz chillona de la infame meiga: miré hácia allá, y ví que ésta se hallaba hablando con Juan de Lema.

—¡Antes de un mes! dijo la vieja, dando á mi ene-



Mlle. BENITA ANGUINET.

migo una cosa que solo despues supe lo que era; y al verme la infame bruja, me dijo entonces, como ahullando: ¡antes de un mes! ¡Alonso! y desapareció por las revueltas de los setos.

La ira y la venganza, que durante algunas horas habían estado en mí, como muertas, despertaron mas violentas; y ciego para todo, menos para ver á Juan de Lema, me dirigí hácia él, decidido á ahogarle entre mis brazos.

—¡Aparta! me gritó éste; ¿no ves cómo me has puesto? ¿Cómo quieres que me defienda?

Había en su voz temblona y en su pálido semblante tal espresion de miedo, que no me sentí con fuerzas para reñir con él, pero le dije: en cuanto estés bueno, volveremos á reñir, y veremos entonces quién puede mas.

—Ya se sabe que tú, me dijo Juan, mirándome con rencor; pero no creas que te ha de servir el tener mas fuerzas, pues te las he de quitar de una vez.

Conforme decia esto, nos íbamos acercando; mas de repente abre mi enemigo una navaja, que entonces comprendí era lo que le había dado la meiga cuando les ví de lejos. Por pronto que quise huir el cuerpo, ya había recibido una puñalada en el costado.

No he visto, señor nada mas infame que el uso de la navaja, la cual, á manera de la lengua de la víbora, no se asoma casi nunca, mas que á traicion, y para matar. ¿Se consentirá el que se generalice por Galicia? ¿Las autoridades, las personas de distincion, permitirán semejante mancha en nuestro honrado carácter? El mal tiene todavía remedio, si se vigila y registra escrupulosamente á los muchos que vuelven despues de residir algun tiempo en otras provincias. Sea perseguido y castigado severamente todo el que use la infame navaja; hablen contra ella y su alevoso modo de matar los curas y los maestros. ¿Cuándo se ha visto al buen gallego necesitar para reñir con sus semejantes mas que de sus puños? ¿cuándo no ha tenido lo suficiente para defenderse de las fieras con un buen garrote?

En fin, señor, me sentí herido, y sin mas esperanza de salvacion al ver que Juan de Lema intentaba seguir hasta matarme, que tratar de sujetarle los brazos, echándome encima. Lo logré, mas no sin recibir otras dos ó tres puñaladas del traidor, á quien de seguro habría muerto, si la pérdida de la sangre, no me hubiera empezado á debilitar: levantéme, y cogiendo la navaja, que en la brega había caído al suelo, la hice pedazos contra una Peña, diciendo: maldito sea quien la ha usado, y quien la ha hecho. Juan huyó, no creyéndome tan herido, y yo traté de volverme á casa, mas al llegar al camino real caí sin sentido.

Aquí se detuvo de nuevo el guardia, y lleno de tristeza el varonil semblante, me dijo: la verdad, siempre que recuerdo ciertas cosas, se me pone un nudo en la garganta, que me ahoga: ¡dichosas las mujeres que pueden llorar por cualquier cosa! ¡dichoso yo cuando lloraba! Dió un suspiro y prosiguió.

—¿Qué mas quiere usted que le diga? A pesar de la mucha sangre que había derramado, mis heridas no eran mortales y sané mas pronto de lo que esperaba.—En cuanto á Catalina, se casó con Juan de Lema. Yo les ví pasar por delante de mi ventana, él alegre, decidor, y vestido de nuevo con el dinero de su mujer; ésta pálida y muda como una muerta. Cuando volvieron de la iglesia, el marido y el padre traían á Catalina cogida del brazo, pues se había caído desmayada á los pies del cura.

—Y dígame usted, Alonso, ¿á qué atribuye la mudanza de Catalina?

—Se va usted á burlar de mí, si se lo digo.

—No lo crea usted: desde ahora le aseguro que no.

—Pues bien, señor; no puedo menos de atribuirlo á un hechizo de la infame meiga.

Había prometido no reirme, mas al oír hablar de hechizos, tuve que contenerme para no hacerlo.

El guardia hizo como que no advertía mi sorpresa, y prosiguió, diciendo: al cabo me fuí al regimiento, mas antes de yo cumplir, murieron mis padres; entonces me reenganché, y como mi conducta había sido siempre ejemplar, fuí elegido para la guardia civil, cuando se creó; serví en diferentes provincias, y sin pedirlo, he sido por último destinado á ésta, sin duda por la voluntad de Dios, pues Catalina está enferma, y su marido va haciendo tantas, que al cabo parará en presidio. ¡Ya ve usted, entonces, lo que sería de esos pobres niños, sino fuera por mí! Aquel á quien usted me vió hablar, es el hijo mayor de Catalina.

—¿Y no tuvieron otros, antes? pregunté.

—No, señor, estuvieron bastante tiempo sin tener hijos.

—¿Usted les trata, ahora?

—No, señor; no he vuelto á hablar á Catalina, desde el día en que me dijo aquellas palabras, que nunca olvidaré, ¡antes de un mes!

—¿Y Anton de Valdomir?

—Ha muerto.

En esto oí voces, como de un Labrador arreando á sus bueyes: volví la cabeza, y por la carretera adelante venía una mujer, casi anciana, al parecer, cuyo rostro, á pesar de las profundas arrugas que le desfiguraban y de lo hundido de los ojos, todavía presentaba admirable regularidad de facciones, si bien lo que mas resaltaba en su ademán y aspecto general, era profundísima tristeza. Traía la labradora en sus manos un cordel, con el que guiaba á dos bueyes pelirubios, que en pos de ella, mansa y lentamente venían; detrás, sosteniendo el arado, para que no diese en el suelo, seguía un hombre pequeño, de anchos hombros, rostro enjuto y falsa mirada.

—Ahí los tiene usted, me dijo el guardia, mirando á otra parte, y aparentando en su rostro la mayor indiferencia:

—¿A quiénes?

—A Catalina y su marido. Esa que le parece á usted una vieja, ha sido una de las mujeres mas hermosas de Galicia.

Pasaron el hombre y la mujer, sin mirarnos, y el guardia se levantó diciendo:

—¿Ve usted, una casita blanca, mas allá de aquel pinar, al lado de la ría?

Miré hácia la hermosísima ría de Betanzos, que desde nuestro recuesto se veía, y dije, ¿es esa la casa de mi tío?

—Sí, señor, repuso mi compañero.

Le miré y su rostro seguía sereno é impassible; solamente noté que el fusil, si bien descansaba su culata en tierra, se movía como una caña, efecto tal vez, de que la mano del buen Alonso de Moar se estremecía y temblaba mas de lo que su dueño quisiera.

—Francamente, Alonso, creo que ese infame Juan de Lema se habrá valido de algun falso engaño.

—En cuanto á eso, es usted sobrino de don Pedro: pídamle usted cuanto quiera, inclusa la vida; pero le ruego por la mujer á quien mas haya usted amado en el mundo, que me crea, Juan de Lema, no ha tenido á su favor mas que los hechizos de la bruja.

—Bien, pero...

—Catalina ha sido siempre una santa, como lo es en el día.

FERNANDO FULGOSIO.